

Navidad 2023

"Arrodillémonos ante el Rey del cielo y de la tierra"

ECCLESIA

25_12_2023

*Raymond L.
Burke**



Hebreos 1, 1-12; Juan 1, 1-14

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El capítulo inicial de la Carta a los Hebreos reflexiona sobre el maravilloso acontecimiento que hoy es motivo de nuestra celebración más gozosa: "Dios, que muchas veces y de diversas maneras había hablado antiguamente a los padres por medio de los profetas, últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien también hizo el mundo" (Hb 1, 1-2). El Verbo eterno de Dios, Dios Hijo, que es la fuente del recto orden y del destino final de toda la creación, ha unido nuestra naturaleza humana a su naturaleza divina. Vino a habitar con nosotros, "lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14), para que, aceptándolo, nos uniéramos a su Sacratísimo Corazón y llegáramos a ser "hijos de Dios; ... no nacidos de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn 1, 12-13). En efecto, como proclama el Prólogo del Evangelio según san Juan: "Y de su plenitud hemos recibido todos, gracia sobre gracia" (Jn 1,16). En Él vivimos, según "la gracia y la verdad".

El acontecimiento maravilloso de la Encarnación redentora, del nacimiento de Nuestro Señor de la Virgen María en Belén, es eterno. Así, la Epístola a los Hebreos aplica con razón al Niño Salvador, Dios Hijo encarnado, las palabras del Salmo 102:

"En el principio fundaste la tierra,
los cielos son obra de tus manos.
Ellos perecerán, pero tú permaneces,
todos se desgastan como un vestido,
como un vestido los cambiarás
y pasarán. Pero tú sigues siendo el mismo
y tus años no tienen fin" (Sal 102 [101],25-27).

Nos arrodillamos en oración ante la imagen del Salvador niño, porque reconocemos en Él al Rey del cielo y de la tierra, con quien tenemos comunión de corazón por el sacrificio eucarístico que va a ofrecer.

El crucifijo sobre el altar no es un adorno, sino el signo del Sacrificio del Calvario que Cristo hace sacramentalmente nuevo sobre el altar, Sacrificio en el que estamos llamados a participar de todo corazón.

Dom Prosper Guéranger nos ayuda a comprender el significado profundo y duradero de cada aspecto de la celebración de hoy. Refiriéndose a la Epístola de la Carta a los Hebreos, escribe:

"Mientras nuestros ojos están fijos en el dulce Niño en su Cuna, San Pablo nos invita a

elevant nuestro pensamiento a esa Luz infinita, desde la cual el Padre Eterno habla así a este Niño de María: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado: este día es el día de la eternidad, un día que no tiene ni mañana ni tarde, ni salida ni puesta. Si la naturaleza humana que le ha concedido asumir le sitúa por debajo de los ángeles, está infinitamente por encima de ellos por su misma esencia, por la que es Hijo de Dios. Él es Dios, Él es el Señor, y ningún cambio puede venir sobre Él. Puede ser envuelto en pañales, o clavado en una cruz, o sometido a una muerte ignominiosa; todo esto sólo en su naturaleza humana: en su Divinidad permanece infranqueable e inmortal, porque nació del Padre desde toda la eternidad".

Arrodillados ante el Niño Jesús, encontramos nuestro lugar en su Corazón divino unido a su corazón humano que recibió bajo el Corazón Inmaculado de María, su Madre Virgen; renovamos toda nuestra confianza en Dios Padre y en su promesa de salvación eterna. Oremos para que siempre nos encontremos entre "los que amaron la manifestación [de Cristo]", para quienes Dios Padre ha "puesto... la corona de la justicia" (2 Tim 4, 8).

En el Niño Jesús reconocemos que, por las aguas del Bautismo, hemos renacido en Él y que, unidos a Él en su Sacrificio eucarístico, ponemos por entero nuestro corazón en su corazón traspasado y glorioso. Nuestra oración ante el Niño Salvador no es un ejercicio de sentimentalismo, sino una fuente de gracia para abrazar todo lo que significa vivir en Él durante nuestros días en la tierra, mientras esperamos su compañía eterna en el Reino de los Cielos. La oración de San Pablo al comienzo de la Carta a los Efesios expresa el misterio eterno de la identidad del Divino Niño que adoramos y nuestra identidad en Él:

"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en el cielo, en Cristo. En él nos eligió antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados a sus ojos en la caridad, predestinándonos a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad. Y esto para alabanza y gloria de su gracia, que nos ha dado en su Hijo amado, en quien tenemos redención por su sangre, la remisión de los pecados según las riquezas de su gracia. La ha derramado abundantemente sobre nosotros con toda sabiduría e inteligencia, pues nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad, según lo que en su bondad había predestinado en Él para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos: es decir, el plan de recapitular en Cristo todas las cosas,

tanto las que están en el cielo como las que están en la tierra" (Ef 1, 3-10).

Ante las tremendas pruebas que afrontamos en el mundo y en nuestra vida personal, no cedamos nunca a la tentación del desánimo, sino dediquémonos cada vez más a la oración ante el pesebre, el crucifijo y, sobre todo, a la Presencia Real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Que, mediante la oración y la devoción y, sobre todo, mediante la venida de Nuestro Señor a nosotros en los Sacramentos, los siete dones del Espíritu Santo que habitan en nosotros iluminen el camino hacia la vida eterna y nos den el valor para recorrerlo fielmente.

Que la alegría de la celebración de hoy no nos abandone nunca. Que siempre nos inspire y nos fortalezca, especialmente en los tiempos más difíciles que vivimos. Ofrecemos, con Dom Guéranger, su oración inspirada en el Santo Evangelio:

"Hoy, gracias a los admirables caminos de tu amor, te hemos recibido; ¡pues quién podría negarse a recibirte, dulce Niño Jesús! Pero no nos abandones, quédate con nosotros y perfecciona el nuevo nacimiento que has comenzado en nosotros. Que ya no seamos de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios, de Ti y en Ti. Te hiciste carne, oh Verbo eterno, para que pudiéramos llegar a ser hijos de Dios. Te suplicamos que sostengas nuestra débil naturaleza humana y nos hagas aptos para este nuestro sublime destino. Naciste de Dios, tu Padre, naciste de María, naciste en nuestros corazones; ¡tres veces glorificado por este tu triple nacimiento, oh Jesús! Tan misericordioso en tu Divinidad y tan divino en tu humillación que has buscado".

El Niño Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, nunca nos falla, nunca deja de derramar su vida por nosotros. Siempre perfecciona su vida en los que aman "su manifestación". Su Madre, la Santísima Virgen María, y su Padre Virgen, san José, nunca dejan de guiarnos hacia Aquel que es nuestra única salvación, nunca dejan de guardar nuestro camino en Él.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

*** Cardinal**